

de las gafas, se apartaba como refiriéndoles a otros ponderativamente el cruce de Angelita. Las colegialas solían llevar en el brazo o en la mano unas bolsas de telas claras y cuello fruncido con los útiles de la costura que les hacían juego al andar.

La Bonifa peinaba a todas las vecinas de la calle pero a la Angelita le hacía la coleta su madre por considerarla demasiado chica para tener peinadora y por que había que economizar. La mujer entonces tenía el orgullo de su buena administración, de saber hacer sus cosas y de una peseta un duro, que no es lo mismo que ganar una peseta y gastarse cinco.

Angelita caminaba muy retiesa y poseída del efecto que causaba al pasar. Cuando volvía la esquina de la Plaza del Progreso quedaba todo en silencio y apenas si el tuerto Peño extendía su mirada monocular alguna tarde que otra desde la puerta de su grande y hermosa casa manchega cuya desaparición hay que lamentar en este paraje, que fué de los primeros afectados por la modernidad al hacer sus casas los médicos Carrero y Olivares, presuntuosas y sin carácter propio.

Por aquel entonces se cambió la entrada de la Estación del rincón de los pellejeros al Paseo. La tierra de ambos lados, formada por el tráfico continuo de carros, carretillas y caballerías sobre un piso sin firme, era abundante y renegrída, como las casas y las personas, impregnadas de humo y polvo de carbón. Los baches los rellenaban de carbón y lo mismos las anchas aceras. Todo era negruzco por allí, hasta las bodegas de Prast y de la Fonda eran mucho más negras que las otras del lugar y los ruidos constantes de martilleos, choques de hierros, silbidos de máquinas, escapes de vapor y crugir de vagones, mantenían ese estado de agitación que se aprecia en las fábricas metalúrgicas, acrecentado aquí con la llegada y estacionamiento de los trenes que permitían expansión y aprovisionamiento a los viajeros.

El Paseo era desde el Chimeneón y la calle de Cervantes al andén y estaba siempre lleno de gente y de los desperdicios que el tráfico dejaba. El espacio entre el muelle, la taberna de Perra y el rincón de Maldonado que estaba por donde ahora el bar de los Alaminos, a la izquierda de la posada de Facó Rincón, era intransitable y en días de repatriación de tropas imposible de traspasar. La llegada de los que venían de Cuba constituyeron acontecimientos de emoción inolvidable, sentida por todo el vecindario y testimoniada en actos de solidaridad, apoyo y consuelo generales.

Recuerdo lo mucho que danzaba entre todo aquello el hijo de Orsini, el de la Fonda, Mariano, tan bueno y ya desde entonces unido, a la buena fin, con la llamada golferancia del Paseo, que lo mismo llevaba un viajante a su casa que una camarera a la de Emilio, o un tocaor al café cantante de enfrente en ca Tizonas, con el espíritu servicial de un mozo de equipajes que solo pregunta el destino y a quien el habitual olvido de todo lo demás, hace escéptico e indiferente ante cualquier motivo.

Tentativas y zigzagueos

El primer arranque desmesurado, rompiendo la línea manchega, que él no podía sentir por tirarle su tierra valenciana, fué la casa de tres pisos del tío esterero —Oliver el padre, el bizco— por encima de la de Carabina que ahora ya ni se vé. Ya había pasado el tiempo en que el